

Recostada en su placer

JUAN LUIS NUTTE

... después mirar tu olvido que en mí asoma.
Alí Chumacero

Que los amigos no lo invitaran a tertulias o fiestas, no le causó pesar. Cuando dejó de frecuentarlos se engolfó en la abulia: su verdadera esencia. De casa no salía más que para comprar víveres, y como se fatigaba decidió contratar un mandadero que le aprovisionara cada mes.

Las únicas personas con quien aún seguía en contacto eran el mandadero y Mariana, su novia. Pronto el mandadero, aburrido de la nula propina y la mudez grosera de Abel, dejó de llevarle víveres; no resintió la falta de alimento, la privación de éste le dio briosa liviandad haciéndolo recorrer el departamento con dinamismo fantasmal. Su estómago parecía haber sido escarbado, dejándole una hondonada... El hambre lo olvidó. La lividez de su piel dejaba ver el entramado de arterias y músculos; la flacura, aunada al esfuerzo que debía realizar para atender una conversación, además del terco entumecimiento del organismo que anulaba sensacio-

nes, alarmó a Mariana que quiso llevarlo al médico. Abel frustró la intención con enérgico y cavernoso no; la aterrorizó primero y ofendió después.

Y ésta fue la última vez que se vieron, sin embargo Mariana siguió pendiente de él, si bien su aspecto le era repulsivo, había algo: los recuerdos la anclaban a ese remedo de hombre.

Aunque Abel no dijera nada del otro lado del teléfono, Mariana se tranquilizaba con escuchar sus gimoteos, que según el tono, expresaban negación o afirmación. Pero esa relación muda acabó por ahuyentarla.

Algunos amigos le buscaron, los rechazó; ofendidos optaron por olvidarlo. Así Abel se deshizo de un lastre, una costra, dándose ligereza. Ya podía comportarse como le diera gana. Hablar, ya no. Con la pérdida del habla su atrofiada lengua, empequeñeció hasta esfumarse.

La soledad y no hablar, no comer y permanecer postrado en cama era lo que siempre anheló. Pero esto se interrumpía con dolorosas punzadas en el cuerpo adormecido y enclenque, disminuyendo los reflejos y el tacto y consistencia de su carne, hasta hacerla transparente como tul...

Una tarde, Abel sintió que una parte de su cuerpo era arrancada, produciendo una mutilación que lo sumió en sopor, cuajándolo en el lecho... esfumándose y no le importaba. A veces sobrevinían relámpagos de lucidez en su organismo: un picor en pies y piernas, brazos y glúteos que disminuía a medida que las extremidades y centímetro a centímetro de dermis, iban desvaneciéndose.

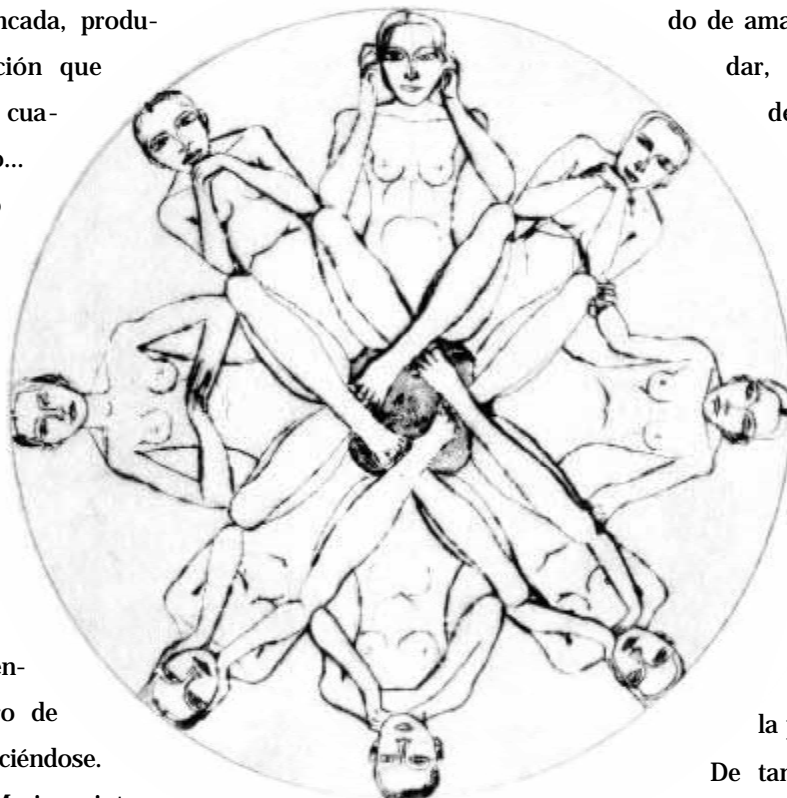
Algunas veces Mariana intentaba devolver a su memoria alguna sensación de la piel, cierta ondulación del cuerpo de Abel, o la morosidad de sus caricias y la voz rugosa durante el sexo... mas sólo lograba salvar emociones y estados de ánimo, nada corporal de Abel... aunque sí, había algo concreto, tatuado en la memoria, sus ojos tristes, que a veces la enternecían o daban temor sin saber por qué.

Pretextando devolverle las llaves, decidió visitarlo por última vez.

Muebles volcados, ropa desperdigada y migajas de algo que alguna vez fue comida, además de un constante hedor de pudrición, fue lo único que halló en la vivienda de Abel.

No había nadie, sólo caos saturado de moscas.

Contempló el departamento y lo reconoció, pero fue un reconocimiento desprovisto de afecto, de nostalgia, se sentía extraña allí, sabía que se aferraba a algo que ni ella misma estaba segura de precisar, ¿amor, nostalgia, agradecimiento, cariño, amistad... Abel?... quizá era



Guillermo Ceniceros

el trámite de una memoria que había dejado de amar lo que apetecía recordar, ¿pero qué recordaba de Abel?

Recorrió el departamento pero no tuvo necesidad de buscar a Abel; era un recorrido a contracorriente por el delgadísimo cause de su memoria...

El ligero humor a pudrición la hacían pensar en muerte, ¿y si el origen de la podredumbre era Abel?...

De tanto rastrear el hilo del tufo, llegó a la madeja de éste: la recámara. Allí el lío era mayor al del resto del apartamento,

sólo la cama lucía semitendida, al centro de ésta había una pequeña hondonada que daba la impresión que alguien estaba o estuvo allí. Mariana permaneció aturdida frente a la cama, luego se sentó en ella sin apartar la vista de dos puntos marrones que descubrió en el almohadón... y se sintió vacía, ajena a todo aquello. Había violado un espacio que ya no era suyo; tenía la impresión de que jamás volvería a acostumbrarse del todo a aquel departamento cuyas puertas parecían negársele, y cuyos objetos, especialmente la almohada y cama, irradiaban un ligero calor que sugería alguna clase de actividad orgánica entre sus fibras.

Una vez que hubo dominado esa impresión, salió del apartamento con pesadumbre: aquellos dos puntos parados, estampados en el almohadón, por una chocante lógica, le recordaron los ojos de Abel. 🐾